



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## La fidelidad a los principios divinos

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**OS caminos divinos no necesitan añadir alguna, porque no hay en ellos nada incompleto ni que deba mejorarse. Estos caminos son admirables y pueden ser seguidos en cualquier tiempo. El único mandamiento que contienen, es que existamos siempre para el bien de nuestro prójimo.

Si observamos este principio, estamos seguros de lograr nuestro objetivo, incluso actualmente en que estamos en una situación desventajosa, puesto que tropezamos con muchas dificultades; éstas provienen de nuestro carácter falseado y de las tinieblas que reinan en el seno de la humanidad. Esta situación parece muy difícil, pero puede ser fácilmente resuelta cuando ponemos nuestra confianza en el Eterno, como un hijo que se confía en su padre que le asegura hermosas promesas.

El Eterno había hecho una promesa que confirmó al enviar a su Hijo muy amado a la tierra, a fin de enseñarnos el camino de la vida. La vida de nuestro querido Salvador; la línea de conducta altruista que siguió fielmente, su glorioso sacrificio, todo esto ha dejado un sublime testimonio.

Nuestro querido Salvador fue perseguido, pero fue más fuerte que sus perseguidores. Él podía haberlos aniquilado, de tal manera era grande el poder recibido de su Padre, pero nunca lo empleó para su propio beneficio; sólo lo utilizó para hacer el bien a otros y para bendecir. En la época de su nacimiento, cuando fue perseguido por Herodes, el Eterno no intervino con represalias. Jesús se dirigió simplemente con sus padres a Egipto, huyendo ante su enemigo, y allí se quedaron hasta que el peligro fuese pasado.

Naturalmente, si el Eterno hubiera querido emplear su poder para impedir el mal que le querían hacer al niño Jesús, sus enemigos se habrían visto terriblemente fastidiados y reducidos a una impotencia total. Pero los caminos divinos son siempre únicamente amor y benevolencia. En ciertos casos, incluso el Eterno priva al hombre de la posibilidad de ser demasiado malo. Lo vemos con los padres de Jesús que huyeron con el niño, poniéndolo fuera de alcance de aquellos que intentaban quitarle la vida. Después ellos regresaron a Nazaret donde permanecieron hasta que nuestro querido Salvador alcanzara la edad en que su ministerio había de empezar.

Por lo tanto, desde su venida al mundo nuestro querido Salvador estuvo expuesto a la adversidad. También tenemos amigos que nos dicen; "Yo estaba mucho más tranquilo cuando era un simple particular, pero desde que emprendí el camino para ser un hijo de Dios, he empezado

a tener pruebas". Yo he pasado igualmente por las mismas experiencias. En efecto, tan pronto como uno procura dar su testimonio, si es artesano o comerciante, por ejemplo, y que desea seguir los caminos divinos, su clientela desaparece.

Al margen de estas dificultades que encontramos en nuestro camino, el Señor extiende siempre su brazo poderoso y protector. El nos ayuda de la buena manera, nos socorre por medios eficaces, lo cual llena nuestro corazón de gozo y de entusiasmo por sus caminos. Entonces nos damos cuenta de que jamás habríamos podido aprender todas estas lecciones si hubiéramos permanecido en nuestro nido. Por tanto, necesitamos absolutamente pasar por las diversas experiencias indispensables para la madurez de nuestro carácter.

Los hijos de Dios han sido siempre conducidos de una manera maravillosa; naturalmente, a condición de que ellos desarrollen en su corazón una confianza suficiente, manifestada por la fe verdadera. Como ya lo hemos repetido a menudo, para tener la fe es preciso ser honrado consigo mismo, y no hacer mezclas, porque el Señor no puede realizar su obra en un corazón dividido.

Tenemos delante de nosotros una obra por hacer, y para efectuarla, se presentan experiencias en nuestro camino, las cuales son lecciones útiles que forman en nosotros un carácter viable. Debido a nuestra situación de seres degenerados, no hay otro medio para adquirir la formación admirable de los verdaderos hijos de Dios, en quienes reside una confianza ilimitada en su Padre celestial.

Reconociendo la grandeza, la gloria y el poder divinos, no nos apoyamos más en un dios imaginario, sino en el Eterno, que es el Dios omnipotente. Todo está en sus manos; puede dirigir los acontecimientos y, cuando el caso es necesario, desviarlos conforme a su voluntad. El hace concurrir todas las cosas para bien de los que le aman, como nos lo afirma el apóstol Pablo con tanta seguridad.

Por lo tanto, no tenemos un camino erizado de puntos de interrogación, ni que temer ningún imprevisto. Debemos, al contrario, desarrollar una absoluta confianza en el Eterno, demostrada al vivir en completo acuerdo con la línea de conducta que El nos propone.

Cuando se aproximaba el tiempo en que nuestro querido Salvador había de nacer en la tierra, el emperador César Augusto ordenó un censo. Si el Eterno no hubiera estado de acuerdo, lo habría impedido; pero era útil para obligar a los padres de Jesús a salir de Nazaret en un tiempo en que ellos no habrían tenido ganas de

irse. Pues la dificultad surgía en un momento muy inoportuno para María y José; pero era necesaria para que nuestro querido Salvador naciera en Belén, como estaba anunciado por la palabra profética. Esta, pues, se cumplió magníficamente, y muestra que el Eterno tiene siempre todo en sus manos.

El Eterno dirige a sus hijos de una manera segura y maravillosamente apropiada a las circunstancias, siempre que estén deseosos de dejarse dirigir, de ser dóciles y obedientes para realizar el programa divino. Hoy nuestro objetivo es introducir el Reino de Dios en la tierra.

Es dé sentir que, entre los hermanos y hermanas, no hay muchos aún que se sometan a los principios divinos, ni que se pongan del todo al día para ser colaboradores sin trabas, como lo dijo el apóstol Pablo: "Un buen soldado no se enreda en los negocios de este mundo". Esto no significa que el Eterno desatendió al apóstol Pablo, puesto que está escrito que moró en Roma en su casa. El Eterno le ofreció amablemente esa morada por añadidura, como le dan una golosina a un niño.

Por lo tanto, el Eterno lo tiene todo en sus manos. Él puede dirigir siempre las circunstancias para bien, a fin de dar el testimonio y traer la bendición. No seguimos una religión, sino que aspiramos a la adquisición de un carácter legal mediante la práctica de los sentimientos altruistas, a fin de llegar a ser verdaderos hijos de Dios, que tienen una confianza ilimitada en su Padre, el Creador del universo.

Cuando reflexionamos en lo que significa el mantenimiento de todos los sistemas solares puestos en movimiento por el Todopoderoso; cuando nos representamos que la tierra en la que moramos es grande —a pesar de ser en el universo tan sólo un punto muy pequeño—, nos acercamos un poco a la sana noción de las cosas. Es bueno que recordemos siempre nuestra nulidad, nuestra pequeñez, penetrándonos del pensamiento de que sólo el Eterno puede dar la vida y el ser. A pesar de que los hombres han destruido la tierra, Dios quiere restaurarla a la perfección.

Es verdaderamente grandioso tener tales perspectivas ante la vista. Las religiones han propagado unas teorías completamente erróneas y enseñan a los hombres que el Eterno comete contra ellos unas maldades que los seres humanos mismos no tendrían corazón para hacerlas. Predican, por ejemplo, los tormentos eternos, una doctrina que influencia de una manera desastrosa a los que la admiten y que endurece su corazón.

Yo he conocido a un marista del todo imbuido de la doctrina de los tormentos eternos; pero su

hijo, que era médico, no quería admitir dicha teoría. Entonces vino el padre a mí, desconsolado, para preguntarme si no había algún atenuante a los tormentos eternos, alguna escapatoria, o si era falsa esa doctrina, de tanto temor que tenía de que su hijo tuviera que padecer ese terrible destino. Lo vemos, como concernía a su propia familia, buscaba un alivio, mientras que para el prójimo no le importaba lo caliente que fuera el horno.

¡Cuán estúpidos e insensatos son tales conceptos! Somos todos parientes en Adán, y no debemos desear a ningún ser humano el mal ni los tormentos. Si en el Apocalipsis se dice que "serán atormentados por los siglos de los siglos delante de Dios y del Cordero", esto significa que tales personas enseñan la abominable e infernal doctrina de los tormentos eternos. Comprenderemos así que es imposible educar en el amor divino a una persona cuyo corazón esté imbuido de un principio tan horrible, porque le envenena toda su vida y su sangre: además no podrá nunca razonar sana y convenientemente.

Laodicea profiere igualmente de su boca amenazas; su doctrina es menos dura que la de los tormentos eternos, pero de todos modos anuncian castigos y represalias de parte de Dios. Con tales enseñanzas no es posible obtener la semejanza del Hijo muy amado de Dios, que es amor como su Padre.

Nuestro querido Salvador enseñó la parábola del Hijo pródigo y otras instrucciones admirables que refiere la Palabra divina. El puso de manifiesto los sentimientos de su Padre, tan llenos de benevolencia, de misericordia, de infinita ternura y de amor que hemos de tener, incluso hacia nuestros enemigos.

El Señor Jesús dijo que los pecados cometidos contra el Padre y contra el Hijo nos son perdonados, pero los pecados contra el espíritu, o sea contra nosotros mismos, deben ser expiados; efectivamente, todas las transgresiones que un pecador comete se repercuten en él mismo, y le provocan trastornos que conducen a la destrucción de su organismo.

Nos alegramos profundamente de sentir en nuestra alma el poder de la gracia divina por la verdad, que nos ayuda a emanciparnos del yugo del adversario y a recibir la liberación verdadera. En efecto, es preciso que la verdad nos lave, nos purifique y nos santifique, como el Señor lo dijo a su Padre: "Santifícalos por la verdad, tu Palabra es la verdad".

El Eterno pone en nuestra alma esta maravillosa influencia cuando somos fieles a su programa y respondemos a la amable invitación que su Hijo nos dirige, diciéndonos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré, os haré descansar."

Hemos experimentado ya esta paz y esta gloriosa protección; pero también hemos notado que cuando queremos dispensar la palabra de la verdad, se manifiesta la oposición. Los hombres están trabajados y cargados, su corazón está en la tristeza; a pesar de todo esto, a menudo no quieren dejarse consolar por aquel que es tan amable y tan afectuoso, por el Hijo muy amado de Dios que nos enseña el camino, la verdad y la vida.

En cuanto a nosotros, ya hemos probado este delicioso consuelo y nuestro corazón ha sido tranquilizado, aun en el seno de las dificultades que han surgido en nuestro camino. Somos abundantemente consolados porque sabemos que el Todopoderoso gana siempre la ventaja en todo lo que ocurre. El dirige las cosas de

una manera admirable y hace concurrir todo para la bendición de los que son llamados según su propósito.

Hemos podido darnos cuenta de que los caminos divinos son sumamente sensatos y avisados, y que no se parecen en nada con los de las religiones. La belleza del programa se nos presenta cada vez más claramente, y nos alegramos de combatir el buen combate de la fe. El apóstol declara: "Si alguno combate en la liza, no es coronado si no ha combatido según la regla."

El reglamento es que le hagamos bien a nuestro prójimo, con lo cual nos haremos bien a nosotros mismos de una manera legal; todo lo demás es vano y acaba en la decepción y la destrucción. Poseemos un organismo, y para que se beneficie de la cobertura de la protección divina, en un ambiente de dicha y de paz, conviene tratarlo de una manera legal.

Es un arte realizar la felicidad. En un momento u otro, los hombres experimentan siempre su desgracia, incluso si han logrado el apogeo de la gloria, como por ejemplo Napoleón. Les llega siempre el momento de la derrota y de la decepción, y se enfrentan entonces con la realidad: deben pasar al estado de cadáver. De veras no vale la pena escoger un camino tan insensato, puesto que termina con la destrucción de nuestro propio organismo. Naturalmente, por atavismo ya tenemos la tendencia a desarrollar un carácter egoísta e ilegal, en vez de una tendencia a existir para el bien de nuestro prójimo.

El apóstol Pablo invita a su joven hermano Timoteo a competir según las normas. Como lo hemos dicho, la regla es hacer el bien. Nuestro querido Salvador, durante su ministerio, hizo el bien en todas las direcciones, y nunca el mal; consoló, sanó, alimentó a multitudes de gentes; se abnegó hasta la muerte de cruz. Por lo tanto, él combatió legítimamente hasta en los pormenores. Es este glorioso Modelo que queremos seguir con todo nuestro corazón.

El camino egoísta que recorren los hombres no puede producir otra cosa sino decepción y destrucción, puesto que no es el camino del bien. Nos hemos dado cuenta, científicamente, de que nuestro sistema nervioso sólo puede soportar lo que es bueno, justo y legal.

Es la legalidad que procura la vida a nuestro sistema nervioso; pero no es aquella establecida por los seres humanos con sus leyes, sino la legalidad divina, que es reflejada por la armonía perfecta existiendo entre todos los seres que viven la ley. Competir legítimamente, pues, es estar bajo la poderosa acción del espíritu de Dios, que hace de nosotros benefactores y altruistas.

Nos alegramos de considerar la buena batalla de la fe, realizándola reglamentariamente para cumplir con el plan divino. Nuestro querido Salvador vino a la tierra a fin de pagar el rescate de los seres humanos culpables al dar su vida. Esta es también la misión del real sacerdocio, de los sacrificadores, los verdaderos sacerdotes que el mundo desconoce. La vida eterna es ofrecida a cualquier ser humano que se conforma con el reglamento divino, que es también el reglamento de su organismo.

Puesto que nadie es coronado si no compete debidamente, si queremos persistir en nuestra vida egoísta, no podremos asociarnos a la obra que el Señor nos propone, dándonos la posibilidad de ejecutarla. Nos alegramos de que haya llegado el momento en que los seres humanos podrán recibir el testimonio de que la vida eterna

es posible, y ser consolados, como lo prevé el plan divino. Entonces todas las lágrimas serán enjugadas, no habrá más clamores, ni dolores, y la muerte será vencida.

Estas perspectivas no son imaginarias, ni son una utopía; pues actualmente, con el conocimiento de la ley universal, hemos podido darnos cuenta de que la vida eterna es perfectamente posible en la tierra para los que siguen el camino de la legalidad y de la justicia verdadera. Esta justicia consiste en el arte de dirigir nuestro cuerpo en una dirección que le procure la bendición y la felicidad.

Los hombres no siguen este camino, y por eso se enfrentan con la dificultad y la desgracia. Incluso los que tienen cierta noción de las cosas divinas tropiezan con dificultades, porque los hábitos ilegales que han adquirido los mantienen bajo la sugestión demoníaca, bajo la influencia del poder maléfico. Por lo tanto, son otros tantos puntos que conviene vencer, otras tantas victorias que hay que ganar para alcanzar la viabilidad. He aquí el combate emprendido según el reglamento y que lleva a la bendición definitiva.

Nos conmueve profundamente la participación que el Eterno nos ofrece en la obra de su Hijo muy amado, que nos deja su ejemplo sublime. Nuestro querido Salvador ha tenido siempre una confianza ilimitada en su Padre. Por eso el Padre lo ha conducido de una manera maravillosa. El Padre ha podido por él manifestar su gloria y su poder, revelar la profundidad de la ciencia y del amor que contiene la verdad. La verdad es la felicidad, es el amor divino que produce la vida; es precisamente lo contrario del amor egoísta.

Combatamos legalmente para obtener el glorioso resultado de la vida. Queremos poner en ello todo nuestro ardor; pues hemos experimentado ya tanta alegría, confortamiento, socorro y bendición en la carrera, que nuestra alma se siente profundamente regocijada y la confianza en el Eterno ha podido arraigar en nuestro corazón.

Competir legalmente, según las normas de la Casa divina, se resume en el amor al prójimo, viviéndolo a la gloria del Eterno. Recibimos así la bendición que Dios tiene en reserva para los que le aman, para que la dispensen a su alrededor al ser bienhechores de la humanidad doliente y moribunda, que espera la revelación de los hijos de Dios.

## Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Vencemos las sugerencias del adversario y experimentamos la ayuda y la protección amable del Señor en cada momento?
2. ¿Aumenta nuestra humildad, y es ilimitada nuestra confianza en el Eterno, sabiendo que todo es dirigido para el bien?
3. ¿Resistimos a la tentación de ver el mal, y no nos dejamos frenar por las facilidades y las seducciones diabólicas?
4. ¿Aceptamos las pruebas permitidas debido a nuestra honradez en el combate y nos sentimos santificados por la verdad?
5. ¿Acusamos o defendemos a nuestro prójimo, y peleamos según las normas, sólo haciéndole el bien y confortándolo?
6. ¿Notamos victorias sobre nuestro egoísmo, procurando establecer el Reino en nuestro corazón y a nuestro alrededor?